



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma 2 – Un loco desenfrenado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

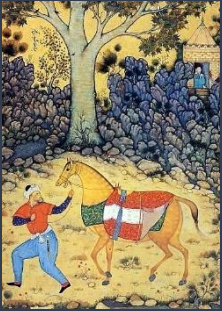


El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 2 ~ Un loco desenfrenado

Dejamos en el relato anterior al sultán El-Zâher Baïbars, vestido de beduino y camino de Baysân para, aparentemente, visitar a su amigo el capitán fidaui Dibl El-Baysâni, aunque en realidad lo que iba buscando era investigar el asunto de la yegua “La Devoradora”, desaparecida misteriosamente de los establos de Sharaf El-Dîn en Damasco, y todo ello envuelto en un turbio asunto de robo, prevaricación y asesinato de un kurdo, al que nos encontramos decapitado en la caballeriza del gobernador de Damasco y con un mensaje un tanto extraño y demencial clavado en el pecho. Pero ¿quién es el autor de ese mensaje y asesinato? ¿por qué decapitar al kurdo? ¿adónde ha ido a parar la famosa yegua, tan deseada por todos? En esta entrega vamos a descubrir a un nuevo personaje un tanto excéntrico, a la par que contestatario e incontrolable; un espejo de Otmân Flor de Truhanes de El Cairo, pero aún más perturbado...



Cuando el rey El-Zâher Baïbars llegó a Baysân, los guardias no lo reconocieron tal y como iba vestido; tomándolo por un beduino que venía a pedir hospitalidad a su capitán; así que condujeron su caballo a los establos, mientras El-Zâher se dirigía hacia el gran salón. Dibl estaba allí, sentado apaciblemente, rodeado de sus lugartenientes, cuando vieron entrar a un beduino desconocido, que les saludó de esta guisa:

– ¡Os saludo, compañía!

Y los allí reunidos le devolvieron el saludo; pero Dibl, después de observar atentamente al recién llegado, acabó por reconocerle. Entonces, se puso de pie inmediatamente, imitado por todos, y se inclinó respetuosamente ante él, diciendo:

– ¡Demos la bienvenida al Servidor de los Santos Lugares! Tu llegada es un honor para Baysân.

El sultán se sentó en el sitio de honor y ordenó a todos los demás que hicieran lo propio; luego, poniendo a Dibl a su lado, comenzó a conversar con él; porque, desde luego, el único objetivo de su visita era el de hablarle a Dibl de su yegua; pero Baïbars aún no había tenido tiempo de tomarse un respiro, cuando colocaron ante él una mesa ya servida, y con el dueño de la casa invitándole a comer:

– *Dawlatli*¹, te ruego que te dignes compartir con nosotros esta modesta comida, y que no nos lo tomes en consideración, si la encuentras indigna de tu persona.

El rey alargó la mano hacia el plato y pronunció el nombre del Señor; pero en ese momento, al recordar a la yegua, retiró su mano, y le cogió del brazo a Dibl.

– ¿Por qué te abstienes de comer, *dawlatli*? –se inquietó Dibl.

– Dime, Dibl; ¿No tenías tú una yegua a la que llamabas La Devoradora? Pues bien, me gustaría que me la regalaras².

– ¡Por Dios, oh, Comendador de los creyentes!; ¡es toda tuya, lo mismo que su dueño y todo lo que él posee! –exclamó el capitán.

– Y ahora ¿dónde está?

– Si Dios quiere, te la traeré en cuanto comas –respondió Dibl con cierto embarazo.

– ¡De eso nada! No pienso comer ni un bocado bajo tu techo antes de haberla visto.

– A decir verdad, oh, Servidor de los Santos Lugares, me ha sucedido algo tan raro que me da vergüenza comentártelo, porque podrías dudar de mi palabra, e imaginarte que estoy buscando algún pretexto para quedármela...

– No, hombre, no –le cortó el rey–. Habla sin temor; ¡por mi cabeza! que yo sé muy bien que tú eres incapaz de mentir.

– Pues verás, *dawlatli*, figúrate que hace unos días dimos un gran banquete en el castillo para celebrar una boda; pero, entre la gente que andaba de paso y que también habíamos recibido, había un kurdo. Naturalmente, lo acogimos y le tratamos honorablemente... aunque resultó que este tipo era un ladrón de caballos. Llegada la noche todos nos fuimos a acostar y, a la mañana siguiente, ni rastro de la yegua, ni del kurdo. Pero ya he enviado a alguien en su persecución y, si Dios quiere, oh, Servidor de los Santos Lugares, pronto la traerá de vuelta.

El-Zâher Baïbars, una vez sabido, lo que quería saber, comió encantado de todos los platos que su huésped le ofreció, y una vez satisfecho su apetito, se lavó las manos.

La gran sala en la que se hallaban estaba situada en una planta alta, por encima de la puerta del castillo, y provista de esbeltos y amplios ventanales, desde donde se podía apreciar la estepa que se extendía hasta perderse de vista. El rey fue a acodarse a uno de ellos, contemplando la inmensidad del reino de Dios y proclamando Su unicidad. En ese momento fue cuando divisó una enorme polvareda que se elevaba de por donde El-Horân, y, cuando se disipó, vio aparecer a un personaje un tanto peculiar. Era un hombre joven, aún imberbe y de tez morena; un cuerpo largo y estilizado, con unas piernas interminables

¹ En turco-árabe “mi soberano”; los ismailíes usan con frecuencia este tratamiento al dirigirse a Baïbars.

² Esta tortuosa estrategia tiene como objeto llevar a que Dibl reconozca que ha sido víctima de un robo; pues normalmente se consideraba un honor vengarse personalmente de algo así, sin hacer que interviniera el soberano.

y nervudas. Volando como una flecha a través de la llanura, dando saltos de colina en colina, brincando por encima de los valles, corría infatigable, azuzando delante de él a La Devoradora que iba a todo galope; al cuello de la yegua colgaba la cabeza sangrante del kurdo. De vez en cuando, el joven abandonaba un momento a la Devoradora para incordiar a una manada de gacelas que huían ante él; unas veces las perseguía, y otras, las adelantaba, atrapando de vez en cuando a una por los cuernos, obligándolas a ir hacia la izquierda, cuando querían dirigirse hacia la derecha, y a la derecha, cuando querían ir a la izquierda. Muy intrigado ante ese espectáculo, el rey se volvió hacia Dibl.

– ¿Dirías que este lugar está embrujado? –le preguntó.

– ¡Disculpa, Comendador de los creyentes! –replicó Dibl– ¿Por qué me preguntas eso?

– Porque estoy viendo a un *yin*¹ que va corriendo y dando brincos a través de la llanura.

– No se te escapa ni una, *dawlatli* –repuso Dibl tras echar una ojeada por la ventana–; pero ese que ves es mi hijo, Saad el Moreno, tu servidor. Es el que mandé a perseguir al kurdo.

– *Mâ shâ Allâh*² –murmuró el sultán– Bendito sea el Secreto que Dios ha depositado en él cuando lo creó con esos dones... Pero dime, mi querido Dibl, en tu juventud, ¿corrías tan rápido como él?

– Desde luego que no, oh, Servidor de los Santos Lugares; pero como bien sabes, nosotros venimos de la tribu de los Banu Damra, y habrás oído hablar de nuestro antepasado: Baba Omar Al-Damri³, que era capaz de vencer en una carrera a las camellas más rápidas, y yo me casé con una de sus descendientes en línea directa que, en la primera noche de nuestra boda, concibió un niño, por la gracia del Altísimo que perdona todos los pecados. Cuando el embarazo estaba ya llegando a buen término, y el niño a punto de nacer, Baba Omar se la apareció en sueños, la llamó por su nombre y le dijo:

“El decreto del Rey omnisciente te ha concedido que traigas al mundo un hijo, que, corriendo, será tan rápido como yo, y gracias a él mi recuerdo revivirá entre los hombres. Cuando haya nacido, le llamarás Saad, pues será dichoso, bendito, y colocado bajo la mirada protectora del Altísimo”.

Por la mañana, al despertarse, sintió los primeros dolores del parto, y, gracias al Creador de todas las cosas, las comadronas y las nodrizas se dispusieron a su alrededor, ayudándola a traer un hijo al mundo sin pena, ni dolor. El niño era muy hermoso y de buen carácter;

¹ Especie de genio en el imaginario árabe.

² En sentido literal: “lo que Dios quiera!” (se sobreentiende el final: “sucede”) Es nuestro “¡Que sea lo que Dios quiera!”

³ Más exactamente ‘Amr Al-Damri: uno de los únicos supervivientes musulmanes de la batalla de Bi’r Ma’ûna (4 de la Hégira), fue el que vino hasta Medina para traerle la noticia al Profeta. Exagerando sobre este suceso, el narrador (que se basa sin duda en una leyenda aún más antigua) le atribuye el don de correr con una rapidez sobrenatural. Los Banu Damra eran una parte de la tribu de los Kinana.

tenía una gran estatura, piernas esbeltas, cabeza pequeña, el cuerpo vivaracho y nervioso, y unas rodillas que no se plegaban. Cuando creció, se convirtió en un auténtico terror, tan rápido corriendo, que podía atrapar incluso a las gacelas. Y esa es, oh, rey, la historia de su infancia.

[El narrador que compuso este relato ha dicho:] Y ahora os voy a contar la expedición de Saad a Damasco, y cómo, durante esa expedición, cortó la cabeza al kurdo.

Un día, que volvía de cazar, se encontró con Baysân patas arriba: su padre agitadísimo, enviando caballeros en todas direcciones, con orden de buscar por todas partes. En ese momento, Saad llegaba al castillo, persiguiendo a una manada de gacelas que corría delante de él. Hay que advertir que Saad, al crecer, dio muestras de ser en realidad un alma simple, por no decir completamente tonto.

– ¡Anda! –le largó a su padre– ¿qué es todo este desbarajuste?

Dibl le explicó que un kurdo que estaba de paso, y al que había dado hospitalidad, le había robado su yegua.

– ¡Te está bien empleado! –le replicó el chaval a su padre– ¡Eso te enseñará a no recibir en el castillo a todos los haraganes que pasan por aquí!

– Hijo mío, de toda la vida, nuestros antepasados han tenido por costumbre socorrer a los oprimidos y acoger generosamente a la gente que va de paso; no querrás que yo sea el primero en interrumpir esta tradición... Pero, escúchame bien ¡si realmente tú eres descendiente de Baba Omar, e hijo de mis entrañas, deberías ser capaz de traerme esa yegua de vuelta!

– ¡Eso está hecho! ¡Con la bendición de nuestro antepasado, voy a atraparte a ese jodido y desgraciado kurdo, así hubiera huído hasta donde sale el sol!

Dicho esto, se lanzó tras las huellas del ladrón. Por el camino, se encontró con una caravana.

– Eh, muchachos, ¿adónde váis? –preguntó Saad a los viajeros.

– A Damasco.

– ¿No os habréis topado con un kurdo en una yegua negra?

– Pues sí, hasta le hemos preguntado que adónde iba, y nos ha respondido: “a Damasco, a vender mi yegua”.

– Muy bien ¡Ese es mi hombre! ¡Bueno, pues ahora me voy a hacer que se trague su piojosa barba!

Saad continuó en su trotar a través de la estepa, tomando directamente el camino de Damasco. Cuando llegó allí, preguntó por el Mercado de los caballos, adonde llegó, casi como a propósito, en el momento mismo en el que el kurdo entregaba la yegua al tratante. Como no quería causar un escándalo, Saad se mantuvo discretamente oculto, y cuando el sultán intervino, le siguió hasta la sala del Consejo, asistió a la destitución de Sharaf El-

Dîn y a su reemplazo por Edaghmûsh, el sobrino del rey, así como al encarcelamiento del kurdo. Luego, esperó tranquilamente hasta bien entrada la noche, penetró en la prisión, forzó las cerraduras y se halló en la celda del bandido, al que despertó, sacudiéndole en el hombro.

– ¡*Amân Yânem!* –gruñó el kurdo– ¿Quién eres tú?

– Un amigo –susurró Saad–. Vengo a liberarte, pero antes, dime: sin mentiras, ¿de dónde has sacado ese caballo?

– Es la yegua de Dibl; pasé una noche en su casa y me entraron ganas de robársela.

– ¡Ah, maldito ladrón! –estalló Saad– ¡Bien mereces que te corten la cabeza!

Entonces, Saad, tiró de espaldas al kurdo, sacó su puñal, y le dio un tajo de oreja a oreja, degollándolo; luego, cargó con la cabeza del rufián, recuperó silenciosamente a la Devoradora y, arreándola delante de él, se alejó de Damasco a todo correr. Si queréis saber por qué el sultán había llegado antes que Saad a Baysân, es porque éste último se había dado un paseo por el Horân, para visitar a su tío *Hasan El-Horâni, por el que sentía un gran afecto. Éste, al verle llegar, lo acogió con los brazos abiertos y le preguntó que de dónde venía, y Saad le contó su aventura.

– Escucha, tío –prosiguió Saad– ¿No podrías hablar por mí a mi padre?

– ¿Sobre qué asunto?

– Pues verás: cada vez que le pido que me case, él me responde: “¿Y con quién quieres que te case? ¡Si no eres más que un tonto y un tarado!” Dime la verdad, tío Hasan, ¿tu no crees que un chico capaz de hacer lo que yo he hecho no está preparado para el matrimonio¹?

– ¡Claro que sí! –respondió Hasan, disimulando una sonrisa–. Tienes toda la razón, hijo mío: espera un poco a que me pase por vuestra casa, y le de un toque a tu padre... Pero, mientras tanto, permíteme que te diga que tú te has conducido como un maleducado: tendrías que haber advertido a El-Zâher Baïbars, el que iba vestido de beduino, y haberte puesto bajo su tutela para la ejecución del kurdo y para que te diera la yegua.

– ¿Qué Zâher? ¡Yo no conozco a ningún Zâher!

En realidad, en su enorme simpleza, Saad no sabía ni de rey, ni de sultán, y creía que se trataba de un auténtico beduino. En fin, que pasó la noche en el castillo de su tío, y a la mañana siguiente se puso en marcha hacia Baysân. Cuando llegó, el rey lo vio desde la ventana, tal y como hemos contado antes: corriendo a todo correr detrás de la yegua, la cabeza del kurdo, suspendida de su cuello, y precedido de un montón de gacelas. Tan

¹ El personaje del pobre simplón, con prisas por casarse, es un prototipo cómico tradicional de la cultura popular de Oriente Medio.

pronto las perseguía, como azuzaba al caballo y montaba sobre su lomo; luego, cuando la montura se cansaba demasiado, saltaba a tierra y corría tras ella.

– ¡Eh, viejo, ven a recuperar tu borrica! –le lanzó al llegar a la puerta del castillo–. Y ahora ¡como me digas otra vez que yo no soy bueno para casarme, te dejo plantado!: ¡me llevo a mi madre conmigo y me voy a vivir a casa de mi tío Hasan!

Mientras los palafreneros cogían a la yegua por la brida, el sultán, que nada más ver a Saad le había cogido afecto, le decía a Dibl.

– Deja al muchacho que se reúna con nosotros y nos haga compañía.

– Créeme, Comendador de los creyentes, es mejor no hacer nada. Es un bruto, un asno sin albardas, un pobre tonto que no entiende ni conoce nada del mundo, y que ignora las reglas de la etiqueta; es muy capaz de decir cualquier tontería e incomodarte por su insolencia.

– No importa: por mi cabeza, que, aunque me colmara de injurias, no tendría nada que temer: tiene mi perdón por adelantado.

Dibl se acercó entonces a la ventana y llamó a su hijo:

– ¡Eh, Saad! Sube aquí, ¡hay alguien que quiere verte!

– ¿Quién es?

– No le digas quien soy –le susurró el rey a Dibl.

– ¡Un invitado! –le gritó a Saad.

– ¡No me digas! ¿Es que todavía no te has cansado de tus huéspedes? Y a ver, ¿quién es ese fantoche?

– ¡Cállate de una vez! Así Dios te corte la lengua, ¿no te da vergüenza decir tales cosas? Mi invitado es un noble emir beduino, jefe de una de las mayores tribus.

– ¡Yaaa, otro ladrón de caballos! ¡Anda, échale de aquí o yo le corto la cabeza como al otro!

Al oír tales despropósitos, Dibl se sintió terriblemente abochornado, mientras el rey se reía de buena gana.

– Por mi cabeza –repitió el rey–, no pasa nada. ¡Vamos, sube aquí Saad!

Al poco rato, el joven penetró en la estancia.

– ¡Por ejemplo, ese de ahí! –exclamó Saad al ver a El-Zâher Baïbars– A ver, dime: ¿no es ese el beduino que estaba en el Mercado de los Caballos y le dio una paliza a Sharaf El-Dîn? ¡Échale fuera, es un tío muy feo!

– ¡Pardiez, haz el favor de comportarte! –exclamó Dibl– ¡Te estás dirigiendo al Comendador de los creyentes, a nuestro señor el sultán El Zâher en persona!

– ¡Anda! ¿Ese es un sultán? Pues no tiene pinta de sultán: no es ni más ni menos que un buen hombre como tú o como yo... De todos modos, de haber sabido que era él, no habría subido, porque este tipo no es fiar. Y dime –continuó Saad dirigiéndose al rey

directamente—, ¿qué se te ha perdido a ti por aquí? ¿Por qué no te has largado a El Horân, a ver al bigotazos de tu compadre, el ladrón de animales¹?

— ¡Cierra esa estúpida bocaza de una vez! ¡estúpido bribón! —estalló Dibl— ¡Te vas a enterar en cuanto te agarre!

Dibl se precipitó hacia Saad, con el brazo en alto, pero Saad, de un salto, como una pantera, esquivó la bofetada. Saliendo como una flecha del salón, bajó hasta la puerta del castillo, sacó de su jaula dos leones que había capturado días antes, y los llevó bajo la ventana ante la que estaba el rey; después de liberar a la primera fiera, desenvainó su *shâkriyyeh* y avanzó hacia el león gritando:

— ¡Eh, tú, gatito del desierto, en guardia!

El animal se preparó para atacar y saltó sobre Saad; pero éste, de un brinco, saltó por encima de su adversario y se puso detrás de él. Esa hazaña le dejó estupefacto al sultán El-Zâher Baïbars; jamás había visto tal destreza y habilidad. Pero eso no fue más que el aperitivo: Saad continuó jugando con el león, atacándole unas veces por la izquierda, y otras, por la derecha; saltando por encima del lomo, tirándole de las orejas... tanto y tanto, que la fiera, agotada, se tumbó en el suelo. Entonces, el joven lo abatió con un terrible golpe de su espada, tajando al animal en dos mitades a todo lo largo.

— ¡Eh, sultán! —le lanzó Saad, dirigiéndose al rey— ¡Mira bien lo que he hecho, porque no voy a tardar en hacerte lo mismo para enseñarte a ser más correcto!

Entonces, sacó al otro león y le hizo sufrir la misma suerte que al primero; luego, apostrofó de nuevo a Baïbars:

— ¡Eh, Zâher! De momento, te perdono, porque estás bajo la protección de mi padre; pero en cuanto hayas salido del Baysân y estés en medio del campo, te mataré en el acto, ¡y entonces veremos para qué te sirve ese bigotazo!

Tras esas palabras, dio una patada en el suelo con los talones y salió como una flecha hacia la estepa, dejando al sultán con alguna ansiedad: pues, como había podido constatar, Saad era un guerrero formidable, al que ni él, ni nadie, habría podido vencer, pues corría más rápido que el viento.

— No hagas caso de esas bravuconadas, *dawlatli* —intervino Dibl—. No merece la pena prestar atención a un mequetrefe bocazas.

— Sí, de acuerdo, pero quiero que me lo traigas —ordenó el-Zâher—. Te prometo que no le haré nada malo.

A instancias del rey, Dibl envió a buscar a la Devoradora, saltó a la montura, y se lanzó en pos de su hijo, al que acabó por encontrar.

¹ Es evidente que el “bigotazos” al que se refiere es Ibrahim El-Horâni, el primo de Saad; recordemos que, en su alocada juventud, éste fue un bandido que anduvo durante un tiempo asaltando caminos (*Paladín de Doncellas*).

– ¡Si te crees que me vas a atrapar con tu borrica, vas listo! –le largó Saad, antes de salir corriendo a toda velocidad, volando como la brisa a través de los cerros.

– ¡No tengas miedo, muchacho! –respondió Dibl–. Para un momento, que tengo algo que decirte.

– Hijo mío, el rey insiste en que quiere verte. Ha jurado que me matará si no te llevo ante él.

– Bueno... ¡y qué! ¡Prefiero hacer llorar a tu madre durante sesenta años a hacérselo a la mía una sola hora!

– Te equivocas, Saad; el rey no quiere hacerte daño; al contrario, desea manifestarte su favor, confiándote un cargo importante.

A pesar de todo ese discurso, hizo falta un buen rato para hacer entrar en razón al joven.

– Vale, de acuerdo –aceptó finalmente–, pero a condición de que jures que vas a repudiar a mi madre, si ese rey me hace daño.

Una vez convencido, Saad regresó al castillo con su padre, que le condujo ante el rey El-Zâher.

– Vamos, Saad, ve a besar la mano al sultán –le ordenó Dibl.

– ¡Yo no pienso besarle la mano a un tipo que no conoce la justicia, y menos a un cobarde que no tiene ni dos dedos de frente!

– Pues bien –intervino el sultán–, a mi me gustaría que me dijeras una cosa: ¿qué te he hecho yo para que me taches de injusto, cobarde y descerebrado?

– Por lo que se refiere a la injusticia, así, de entrada... tú has confiado siete cargos oficiales a mi primo Ibrahim Panza Búfalo¹, mientras que a mí, que persigo a los leones en el bosque, a pie, y armado solo con mis manos, y que fuerzo a las gacelas a que hagan carreras conmigo; tú, no te has dignado ni una sola vez ocuparte de mí, ni me has concedido favor alguno; y eso ¡a pesar de que Hasan El-Horâni y mi padre Dibl te han invitado a su mesa más de veinte veces! Por tanto, tú deberías tratarme de la misma forma que tratas a mi primo Ibrahim. Eso en lo que se refiere a la injusticia; ahora pasemos a la cobardía: cuando has sabido que yo te iba a tender una emboscada, has amenazado a mi padre con cortarle la cabeza si no me traía aquí de vuelta. En cuanto a que no tienes ni dos dedos de frente, es por imaginarte que yo te tengo miedo y que te voy a obedecer antes de que nos hayamos enfrentado luchando y al tiro con honda: si tú me vences, yo me someteré a ti; ¡si no es así, yo te destronaré y ocuparé tu lugar!

Cuando oyó estas palabras, el rey el-Zâher Baïbars, siempre amante de la valentía, deseó más que nunca asegurarse los servicios de Saad; aunque, hay que reconocer, que la cosa no pintaba nada fácil, pues Saad era un simplón que no era capaz de contener su

¹ Ver *Paladín de Doncellas*.

lengua, y posiblemente soltar cualquier tontería ante el Consejo, un día en que el sultán no estuviera de humor; algo que le podría costar la vida. Mientras el sultán andaba inmerso en estos pensamientos, sintió que de pronto se sentía invadido por una fuerza y una penetración nuevas y desconocidas hasta ahora.

– Tienes toda la razón, Saad, y todo lo que has dicho es cierto –manifestó el rey–, y ahora, acércate un poco, que te lo voy a explicar.

Sin temor alguno, el joven avanzó dos pasos; entonces, el rey cayó sobre él, le sujetó el cuerpo con sus brazos, y, de un solo empujón lo sentó en el suelo de culo.

– ¡Ay! ¡Socorro! –gritó el infortunado, más muerto que vivo.

– ¿Y tú eras el que me quería atacar en el camino? –le dijo con ironía el sultán.

– ¡Que el buen Dios no te recompense por este sucio golpe que me has dado! –vituperó Saad dirigiéndose a su padre Dibl– Mira lo que has conseguido: ¡mi madre ahora repudiada, y el sultán que me quiere matar!

– Traedme un tazón lleno de agua –ordenó el rey.

Le trajeron una jarra, sobre la que El-Zâher Baïbars recitó algunos versículos del Corán, luego proclamó:

– Con tu permiso, ¡oh, sultán de los ascetas! ¡oh, mi señor El-Sâleh!: ¡tú que eras el más justo entre los justos! ¡Señor, concede la curación a este hombre! ¡por el honor del Profeta!

Entonces le dio de beber a Saad, luego le roció la cara con lo que quedaba del agua, mientras decía:

– ¡Vuelve en ti, con la bendición de Dios!

El joven fue presa entonces de un violento espasmo y cayó desvanecido; poco después, volvía a abrir los ojos pronunciando: “Doy testimonio de que no hay más Dios que Dios, y de que Muhammad es Su profeta”.

El narrador cuenta, a propósito de este hecho, que antes de su curación gracias al sultán, Saad no era más que un pobre demente; pero en ese momento, recobró la razón y la capacidad de discernimiento, y aunque continuaría un tanto naíf y simplón¹ toda su vida, ahora ya era capaz de distinguir entre lo lícito y lo ilícito; lo puro de lo impuro, y de rezar sus oraciones en las horas prescritas. El muchacho, al volver en sí, se dio cuenta de que iba vestido con unos sucios andrajos.

– Padre mío –le pidió–, ¿no podrías darme un atuendo más conveniente? Mira qué aspecto tengo.

Encantado, Dibl mandó a buscar una buena ropa completamente nueva, y Saad, tras vestirse con ella, fue a besar la mano al sultán.

¹ El narrador distingue muy bien aquí la distinción que hace el Derecho Musulmán entre el demente, al que no se le aplican las prescripciones jurídicas, y el simple de espíritu.

– Y bien, Saad ¿qué quieres de mí? –le preguntó el sultán con una sonrisa amistosa.

– Perdóname, no quiero nada que no sea el saberte con buena salud. Lo que me pasa es que estoy un poco celoso, por la cantidad de favores que has otorgado a Panza Búfalo, mientras que jamás te has ocupado de mí.

– Sí, pero tú sabes bien, Saad, que Ibrahim los ha merecido sobradamente, pues ha venido muchísimas veces en mi ayuda; me ha salvado la vida en mil ocasiones y ha protegido mi honor.

En fin, que el rey le contó todas las hazañas llevadas a cabo por Ibrahim “Paladín de Doncellas”.

– Tienes razón, los ha merecido –concedió Saad, cuando el rey hubo terminado–. Pero ahora, yo querría preguntar una cosa a tu Majestad: ¿cuál es el motivo de tu viaje?

– Voy a Macedonia, a liberar a una joven de la familia del Profeta y a la hija del *babb*¹ Macedonios.

– ¡Ni te molestes! Basta con que me digas la cabeza de qué rey cristiano quieres: ¡yo me voy allí, se la corto cuando esté sentado en su trono, rodeado de sus guardias y de los grandes de su reino, y te la traigo!

– Eso me parece algo complicado –objetó el rey, disimulando una sonrisa–. Mi decisión está tomada: me voy a Macedonia. En cuanto a ti, seguro que tendrás ocasión de probar tu valor.

– De acuerdo: si alguna vez te encuentras en peligro, y no ves a nadie que pueda prestarte ayuda, no tienes más que gritar: “¡A mí, Saad! ¡A mí, Zancadas de Viento! ¡A mí, el Negro!”. ¡Si al tercer grito no he acudido, es que yo no soy hijo de Dibl, ni descendiente de Baba Omar!

– Queda tranquilo, Saad, así lo haré –le aseguró el-Zâher.

Al ver que estaba decidido a partir ya, Dibl tomó de nuevo la palabra:

– Comenador de los creyentes, cuando llegaste a mi casa, tú me preguntaste por mi yegua, la Devoradora, y yo te dije que me la habían robado. Ahora que está de vuelta, te ruego que la aceptes como mi regalo personal, y como agradecimiento a tu bondad y cortesía.

– Yo te la acepto de todo corazón, y a su vez, te la devuelvo como regalo mío; pero te ruego que no lo tomes esto como un desprecio; ni por que yo pretenda infligirte una afrenta, sino porque, como puede que sepas, yo hice un pacto con Dios de que jamás montaría en una yegua en toda mi vida². A cambio, si tienes un potrillo de la Devoradora, te lo cogería encantado.

¹ Tratamiento que en el “Baïbars” se da a los reyes francos y cristianos en general; su origen y sentido exacto se desconocen.

² Poco antes de casarse, Baïbars juró a su futura esposa que jamás tomaría una segunda mujer, ni una concubina, y que nunca en la vida montaría una yegua (*Muerte en el Hamâm*).

– *Efendem*, acaba de dar a luz un potranco, pero es un auténtico terror: nadie puede acercársele, y aún menos montarlo. ¡Es tan terco y tan hosco que ya me ha matado a cuatro palafreneros!

– De todos modos, déjame verlo: es bueno que sea difícil, pero nada lo es para Dios, así en la tierra, como en el cielo. Yo me encargaré de domarlo.

Acompañado de algunos hombres de confianza, Dibl condujo al rey hasta donde estaba encerrado el garañón; al primer golpe de vista, El-Zâher se dio cuenta de que se encontraba ante un soberbio caballo moro, digno de servir como montura a un rey. Su carrera era más rápida que el viento del norte, y sus miembros más vivos que el relámpago. Sobre su frente brillaba la estrella Canopus, bajo la que brillaban dos ojos que lanzaban centellas como de carbón ardiente; cuando se lanzaba a la carrera, su jinete habría creído cabalgar sobre la esfera celeste. En verdad era un potro soberbio, y los guerreros más famosos de todos los tiempos, habrían soñado con poseer uno igual. El rey, para qué decir, fue seducido inmediatamente por las cualidades del animal; se acercó sin temor al potranco, pero éste se avalanzó sobre él, con la boca abierta y los ojos enloquecidos.

– ¡Alto ahí, bestia de mal agüero! –le gritó Baïbars con voz de trueno– ¡Cómo te atreves a atacar al Comendador de los creyentes? Con tu permiso, ¡oh, Señor de los enviados!

Y tras pronunciar estas palabras, levantó el puño y lo abatió con fuerza sobre la frente del animal, que reculó, se tambaleó y cayó como de golpe, ante los asombrados ojos de Dibl y sus lugartenientes.

Baïbars le quitó las trabazones de las patas, y el potro, sacudiéndose el polvo, se levantó y se le acercó, con la cabeza baja, mientras gruesas lágrimas le corrían por las mejillas, igual que un ser humano que hubiera cometido una falta y viniera a pedir perdón.

– ¡*Mâ shâ Allah!* ¡Oh, Comendador de los creyentes! –exclamaron Dibl y sus compañeros a coro–. ¡Pueda Dios protegerte de la mirada de los envidiosos!

El rey paseó al semental durante un rato, luego, lo embridó y, tras pronunciar el nombre del Señor todomisericordioso, saltó a la montura, se despidió de Dibl y de Saad, y siguió su camino.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.3 – “Zancadas de Viento” cumple su palabra